



Líneas de acción

Curso 2026-27

Un camino unidos

1. El don de un itinerario para la vida

En su reciente encíclica, *Magnifica Humanitas*, primera de su pontificado, el Papa León XIV concluye queriendo confirmarnos en «un itinerario de vida cotidiana sobria y exigente con el cual vivir este cambio de época a la luz del Evangelio» (229).

Nos lo describe sintéticamente como «un camino que nace de la contemplación del designio de Dios, vive la unidad eclesial nutriéndose de la Palabra y de la Eucaristía, construye el bien en el mundo y ora junto con la Virgen María» (229).

Con estas palabras nos recuerda lo principal, lo verdaderamente necesario para nuestra vida personal, nuestras familias y nuestro mundo, especialmente en momentos de cambios profundos: ser y vivir cada día como cristianos, en la variedad de las vocaciones y misiones de cada uno, sobre la base de una común participación en las riquezas con las que el Señor construye su Iglesia a lo largo del tiempo.

De hecho, toda la «vida pastoral» de nuestras parroquias, de nuestra Diócesis, está desde siempre al servicio de la Palabra y de la Eucaristía, de la unidad eclesial, de hacer posible la contemplación del designio de Dios y la oración en común, y así al servicio del bien del mundo y de la salvación de cada uno.

Insistir en esta afirmación, que en realidad va muy contracorriente, es muy apropiado en los complejos momentos que vivimos,

como nos indica la encíclica papal; y es también muy adecuado al iniciar la reflexión sobre un nuevo curso pastoral.

Experimentamos cambios «rápidos y frenéticos» (230), marcados por los algoritmos y las redes globales, cuyo control escapa a nuestras manos, como también el de los grandes movimientos económicos y poblacionales, el de los medios de comunicación social, o incluso las decisiones sobre la paz y sobre la guerra. Las «retóricas tranquilizadoras» y las «construcciones ideológicas seductoras» (230), las grandes narrativas presentes en la sociedad, no son suficientes para responder a los desafíos que plantea esta situación a la persona.

«Nuestro corazón siente la necesidad de descubrir un proyecto diferente, sabio y benévolo, semejante al que María contempla en el Magníficat, cuando proclama que la misericordia de Dios se extiende de generación en generación sobre aquellos que le temen» (230).

Necesitamos todos esta fe. Nos urge, por tanto, en primer lugar, su predicación también hoy, que dé certezas a las personas sobre el horizonte de su vida y les permita dar forma a su existencia con criterio propio, con conciencia madura y con paz. Esta predicación no es separable de la proclamación y celebración del Misterio de la fe a lo largo del Año litúrgico, de la persona y la misión de nuestro Señor Jesucristo, sin el cual no es reconocible para nadie el «designio de misericordia» que «atraviesa la historia también hoy» (230); sin el cual no reciben respuesta los interrogantes y los dolores de la vida.

«En el centro está el misterio de la Encarnación» (231), que da dignidad definitiva a cada uno, a diferencia de lo que pueden hacer los proyectos del poder humano; y que nos enseña a salir al encuentro del «llanto de los pequeños», «la fragilidad de los ancianos», «el silencio de las víctimas», «el esfuerzo de quienes luchan contra el mal que no querrían hacer» (231), con palabras de esperanza, con cercanía personal y caridad activa.

Necesitamos al Señor Jesús, en quien el Padre nos muestra «la verdadera humanidad» y el camino para alcanzarla. A todos nos

urge «contemplar en el rostro del Hijo una magnífica humanidad» (233), que nos invita a seguirlo, que da esperanza de plenitud humana a nuestra vida, que nos permite anunciar esta buena nueva a nuestro prójimo.

2. La visibilidad de la experiencia cristiana

El camino de la Iglesia es el de la Encarnación: el de la Virgen María, verdadera Madre de Dios, el de la Última Cena y la Eucaristía, de la muerte y resurrección y del bautismo, del envío y del apostolado, del anuncio del Evangelio y del sacramento del Orden, de la comunidad de los discípulos, que vive de la fe y de la caridad en el Espíritu del Señor.

Así podemos anunciar de modo creíble la gran novedad de la Encarnación, del inmenso Amor de Dios, de su abajamiento por nosotros y de su glorificación de nuestra humanidad. La predicción no sería creíble sin propuesta concreta, sin una presencia que continúa la dinámica de la Encarnación, del seguimiento y de la comunión con Jesús, Señor y Dios nuestro. Por eso, el objetivo pastoral primero es siempre nuestra unidad como Iglesia, nuestra presencia como comunidad cristiana viva en el mundo.

En esta comunión eclesial encontraremos nuestra defensa contra la tentación de que la «necesidad de una vida más plena, menos expuesta a la fragilidad y al sufrimiento» (232) nos lleve a seguir caminos utópicos, a dejarnos arrastrar por «ideologías antiguas y nuevas», que «empujan al hombre a la superación técnica del límite y a elevarse por encima de los demás para afianzar su dominio» (232). No ponemos la esperanza en los desarrollos tecnológicos, en los algoritmos y lo digital, y por supuesto tampoco en el poder político, en el sueño de una organización social perfecta, en la que, al final, sería prescindible la persona de cada uno.

La esperanza en la necesidad es sostenida cada día por la cercanía de quien testimonia un real amor al prójimo. La dignidad que recibe cada uno de Dios se despierta y se ve confirmada al encontrarse con «la capacidad de reflexionar críticamente, de elegir y

amar gratuitamente y de establecer relaciones auténticas» (233). Tanto significa la experiencia cristiana, la realidad de ese «itinerario» humano que el Papa nos indica como riqueza para nuestra vida y como aportación decisiva a nuestro mundo.

La acción pastoral principal seguirá siendo este año pertenecer con conciencia despierta, participar y cuidar nuestra unión como Iglesia en un lugar, en su forma plena, proveniente del Evangelio y la Eucaristía, de los sacramentos con los que el Señor construye siempre la comunidad de sus discípulos y a cuyo servicio puso al ministerio ordenado.

Pero al mismo tiempo habrá de ser también preocupación pastoral primera que esta presencia de una humanidad renovada en el Señor, de una comunidad que vive de fe, esperanza y caridad, se haga visible a nuestra sociedad, para bien de todos los que lo necesiten.

La relevancia grande de la visibilidad de la Iglesia ha sido una lección importante de la reciente visita del Papa. La presencia de un pueblo entero creyente, la posibilidad de un diálogo real con las personas y de iluminar la vida con la luz del Evangelio, ha resonado –también gracias a los medios de comunicación– como una posibilidad y una riqueza nuevas en el corazón de muchos. En todo caso, se hizo pública y patente la existencia y la propuesta de un camino real para la vida, no utópico ni ideológico, no alejado como una promesa o un proyecto inalcanzable; sino hecho de compañía, de apertura a la verdad y de relación con Dios, de humanidad vivida con sencillez.

Cuidar la visibilidad de nuestras comunidades y parroquias, no reducir nuestra experiencia creyente a algo privado, sino ponerla de manifiesto ante la sociedad, asumir el riesgo de una presencia que posibilite el encuentro y el diálogo con las personas, de una caridad que va en busca del necesitado, aparece hoy para nosotros como una línea de acción prioritaria, que se sigue claramente de lo vivido en la visita del Papa.

Crecerá así nuestra certeza en la fe, vivirá nuestra comunidad y serviremos al bien del prójimo y de nuestro mundo, en tiempos

tan convulsos como los actuales. Anunciaremos, en breve, que nuestra vida, y la historia, están en manos del Señor, no de la voluntad de los poderosos.

Aprovechemos a este respecto, en particular, las posibilidades que nos ofrece nuestro «Departamento de comunicación». Trabajando en colaboración con él dispondremos de instrumentos para nuestra presencia pública, particularmente en los medios de comunicación social, cuya relevancia ya no es necesario subrayar y para estar adecuadamente en los cuales no siempre basta con la buena voluntad.

3. El bautismo, esperanza de humanidad plena

La encíclica *Magnifica Humanitas* ve a nuestro mundo confrontado con un dilema: «es necesario escoger entre la opción por el poder y la opción por la verdad y el bien común»; entre construir «confiando en el poder y en el orgullo» o «cuidando lo humano y el bien común» (184); entre una política de dominio o una civilización del amor (213).

Existe en la actualidad el riesgo de «una visión antihumana, según la cual la plenitud de la vida consistiría en tener más, reducir la fragilidad, eliminar lo imprevisto y controlarlo todo» (112).

Hoy esta visión toma las formas del transhumanismo y el posthumanismo, que tienen los mismos «presupuestos: la centralidad de la técnica y el sueño de superar los límites de la condición humana» (116). Es decir, «una potenciación del ser humano por medio de las tecnologías»; o «una forma de hibridación entre el ser humano, la máquina y el ambiente, hasta imaginar que atravesará el umbral en el que la humanidad se superará a sí misma, entrando en una nueva etapa evolutiva» (116).

Nuestra fe, en cambio, «responde indicando una plenitud que no deriva de una divinización tecnológica, sino de aquella que produce la gracia de Dios, recibida en Cristo» (126). Ciertamente, el ser humano «está llamado a trascenderse a sí mismo» (127); pero no huyendo de la realidad o despreciando lo que ahora

somos, sino por el camino del amor. Lo que nos salva como seres humanos no es la autosuficiencia, potenciada por los medios técnicos a disposición, «sino una relación que libera, una comunión que transforma» (128).

Esta propuesta cristiana tiene su momento primero y su fundamentación en **el bautismo**, sacramento de nuestra liberación del mal y del nacimiento a una vida nueva, acorde con el verdadero proyecto divino; en el que entramos a participar de una humanidad renovada según el esplendor propio del Señor Jesús, de su amor, de su entrega vencedora de la muerte, de su vida en la gloria de Dios.

A este sacramento, a su celebración en las actuales circunstancias sociales y eclesiales, dedicó una parte importante de su trabajo nuestro «Consejo presbiteral» durante el curso pasado. Concluyó en la elaboración y aprobación de un documento, que ofreceremos este año pastoral a toda la Diócesis.

En él se ofrecen orientaciones para la celebración del sacramento, tomando en consideración las variadas circunstancias en que habrá que afrontar su preparación con las familias que presentan al niño, así como las formas de su posterior inscripción en el «Libro de bautismos».

En todo ello se refleja la cambiante situación de las relaciones matrimoniales, de las familias, en nuestro contexto social, que nos plantea retos inéditos hasta hace muy poco tiempo. Y se intenta responder con los criterios de la fe, de lo que significa el acontecimiento del bautismo para quien lo recibe y para los responsables que presentan al candidato; y teniendo en cuenta, en particular, que en él se obra la incorporación del bautizado al Cuerpo de Cristo, a la realidad espiritual y también social que es la comunión de la Iglesia, hecho del que dará testimonio la inscripción en el libro parroquial.

Procuraremos en este curso pastoral presentar este documento, con sus indicaciones concretas, en las diferentes zonas de nuestra Diócesis. Será una ocasión no sólo de revisar nuestro proceder ante los nuevos desafíos que nos encontramos, sino también una

oportunidad para una verdadera formación permanente, referida a esta realidad teológica primera y fundamental de nuestra vida cristiana. Para todos será bueno renovar las certezas a este respecto, en un mundo que está olvidando en buena medida el significado de la fe cristiana, del bautismo y de la Iglesia.

4. Participación en la celebración dominical de la Santa Misa

La certeza de que estamos llamados a una verdadera humanidad, como indicaba León XIV a los jóvenes que le preguntaban en Madrid qué debían hacer —«sed humanos», respondió—, no radica en nuestra confianza en tecnologías o en proyectos ideológicos, sino en Dios, que se ha hecho hombre en la Encarnación, en el don de la presencia real del Señor, que permanece con nosotros hasta el fin de los tiempos.

La realidad de la comunión de los discípulos con Cristo, la realidad de la comunidad cristiana, de la Iglesia, sostiene nuestra esperanza, la certeza realista de que nuestra vida está llamada a una humanidad verdadera.

Sabemos que no podemos sustituir esta presencia de «Dios-con-nosotros» con otros proyectos o propuestas de nuestra creación. Por eso, principio pastoral primero es vivir esta comunión cristiana según la plenitud de su naturaleza.

Lo recuerda de nuevo León XIV: «La espiritualidad que necesitamos es una espiritualidad eucarística, es decir, una espiritualidad de la unidad eclesial en el amor. La Encarnación y la Pascua revelan a Dios que entra en nuestra condición humana y la transfigura en el don de sí mismo. Este don permanece presente y operante en la Eucaristía, en la cual el Señor se comunica y reúne a la Iglesia, para que su entrega se convierta en principio de unidad y fuente de vida nueva» (234).

No podemos sustituir la realidad de esta comunión concreta con Cristo por otras actividades nuestras, movidos por motivaciones sociales o culturales, por buenas o incluso piadosas que parezcan. No podemos abandonar la participación en las asam-

bleas eucarísticas en nombre de costumbres locales o de nuestra comodidad. La llamada a vivir en la unidad de los fieles, que tiene su fuente y culmen en la comunión eucarística, a participar en la celebración dominical de la Santa Misa, sigue siendo una prioridad pastoral.

No es ciertamente una novedad; pues así era ya en los primeros tiempos de la Iglesia y así fue vivido en nuestra tierra hasta muy recientemente. Pero conviene recordarlo, cuando el entorno cultural prefiere poner su esperanza de una verdadera humanidad en otros factores, técnicos o culturales, determinados normalmente por los poderosos de este mundo. La mentalidad dominante y sus altavoces mediáticos poco ayudan a reconocer a Cristo como el factor diferencial, el fundamento de una esperanza realista de humana plenitud, y a buscar la relación con Él.

Afirmar el «itinerario de vida cotidiana» propio del cristiano, y las condiciones esenciales de su realización en la Iglesia, reconocer que se nos ofrece a nosotros y a todos el camino a la verdad y a la vida, es sin duda una urgencia pastoral de nuestro tiempo, como nos indica la reciente encíclica papal: volveos hacia la magnífica humanidad realizada en Cristo para ser vosotros humanos.

Estas afirmaciones tienen una actualidad particular para nuestra vida como Iglesia en las zonas rurales de la Diócesis, donde la situación de las parroquias obliga a los fieles a tomar una decisión clara a favor de la participación en la Santa Misa dominical, para lo cual hará falta muchas veces un desplazamiento que implica no sólo geografía, sino también costumbres y afectos. Lo cual pide también a los pastores, por su parte, que hagan posible a los fieles esta participación en los lugares mejores y escogidos; que la propongan a todos, de modo sencillo y claro, animando y ayudando así a vivir plenamente la propia fe.

Como insiste León XIV, «para santificar el domingo es fundamental celebrar la Eucaristía. La escucha de la Palabra y la participación en el Cuerpo de Cristo implican, según los Padres conciliares, el *convenire in unum* (cf. SC, 106), es decir, la convocación festiva de los fieles. En dicha asamblea, la comunidad cristiana hace visible su comunión con el Señor y da testimonio de su

pertenencia a Cristo y de su fidelidad a la Iglesia. Esta asamblea no puede sustituirse por una presencia meramente virtual, ni se reduce a una reunión meramente pasiva. La asamblea litúrgica se realiza, en efecto, en la participación activa de hermanos y hermanas, convocados juntos para que «den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1Pe 1, 3)» (ibid.). En este sentido, os animo a todos a crear las mejores condiciones posibles para que también puedan participar en la Santa Misa aquellos que los domingos no tienen la posibilidad ...» (Catequesis sobre la Sacrosanctum Concilium, 12/08/2026).

En otros términos, el proceso de «reordenación pastoral» sigue siendo necesario en nuestro mundo rural, para bien de los fieles en el presente y en el futuro, para que tengan una posibilidad real de vivir plenamente el propio ser cristiano en estas particulares circunstancias y sea más verosímil la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

Plantear, en cambio, alternativas a la participación en la celebración eucarística dominical, mientras ésta es accesible a los fieles, sería una opción pastoral que desenfocaría la percepción y la adhesión a la fe en Cristo, aun cuando la propuesta estuviese hecha con buena voluntad.

5. Implementación del proceso sinodal

Al servicio de una presencia renovada de la Iglesia en el mundo, potenciando en ella la comunión, la participación y la misión, procurando que estructuras y formas tradicionales sirvan realmente a la evangelización, estamos llevando a cabo en la Iglesia universal desde el año 2021 un largo proceso sinodal. En el camino de este «Sínodo sobre la sinodalidad» estamos invitados de nuevo a dar algunos pasos en este curso pastoral, conscientes, como nos recuerda León XIV, de que «la sinodalidad es un estilo, una actitud que nos ayuda a ser Iglesia, promoviendo experiencias auténticas de participación y comunión» (Saludo en el «XVI Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo», 26-06-2025).

La propuesta de implementación hecha pública por la «Secretaría del Sínodo» (Hacer memoria, 27-06-2026) nos pide en primer lugar un «relato» de la experiencia realizada, que habrá de preparar el «Equipo sinodal diocesano» y que, junto con una presentación de las perspectivas de futuro que se puedan haber abierto, tras ser aprobado en la Diócesis, será enviado al «Equipo» responsable en la Conferencia episcopal, a cuyo nivel se dará el siguiente paso, y para mutuo enriquecimiento de las Iglesias particulares.

Un aspecto importante que resaltan todos los documentos sinodales y al que se nos pide de nuevo que prestemos atención, es la promoción de la corresponsabilidad diferenciada de los fieles en los diversos ámbitos y estructuras de Iglesia.

A este respecto, puede resultar de utilidad que, en el horizonte que ahora se nos plantea, nos preguntemos sobre la realidad de la participación y la corresponsabilidad que se está viviendo de hecho en nuestras parroquias, teniendo en cuenta la diversidad de situaciones y de zonas pastorales. La información y consiguiente reflexión común sobre la forma concreta de esta participación de los fieles, sobre sus fortalezas y sus debilidades, podría dar pie a un encuentro diocesano, cuyos contenidos sin duda serían de ayuda en el camino de nuestra vida eclesial, parroquial y diocesana, y permitirían hacer alguna aportación a la reflexión sinodal actualmente en curso.

En la realización de todo este «proceso», contaremos con la ayuda y coordinación del responsable diocesano de nuestro «equipo sinodal».

6. En vistas del 900 aniversario de la Catedral

La próxima celebración del 900 aniversario de nuestra actual Catedral, con sus etapas de preparación, es una ocasión particular para vivir nosotros y visibilizar ante toda nuestra sociedad la realidad de este Pueblo, de esta humanidad que camina en nuestra tierra unida a Cristo, con humildad, realismo y esperanza cierta.

Las labores de restauración de la capilla de la Virgen de los Ojos Grandes comenzarán prácticamente con el curso que iniciamos y se prolongarán varios meses. Será una oportunidad para intentar renovar la conciencia de la compañía y el amparo de la Santísima Virgen María a nuestra Iglesia y a todos nosotros, a la que reconocemos presente bajo diversas advocaciones en nuestras parroquias y comunidades, y que en Santa María de Lugo, la Virgen de los Ojos Grandes, tiene su expresión diocesana común.

Las iniciativas pastorales que puedan desarrollarse en este curso darán paso, si Dios quiere, a un nuevo año de preparación centrado en el Santísimo Sacramento, que preside el Altar Mayor de nuestra Catedral.

En todo ello se visibiliza una dimensión perteneciente a lo esencial de la vida y la acción pastoral en nuestra Diócesis: la conciencia de ser una porción del Pueblo de Dios, que camina a lo largo de los siglos sobre el fundamento de los apóstoles, unidos al Señor como parte de su gran «familia», siendo la Virgen María Madre suya y nuestra.

7. Año Santo Compostelano y JMJ 2027

La sucesión de los apóstoles se visibiliza en la «cátedra» episcopal, en la Iglesia Catedral. Este año 2027 se nos presenta a la conciencia, se visibiliza y entra en nuestra vida de modo particular al celebrar de nuevo el **Año Santo compostelano**.

Para nosotros es signo de la presencia del Apóstol Santiago en nuestra tierra y también específicamente en Lugo. Nuestra tradición lo reconoce como fundamento de nuestra Iglesia diocesana, en los orígenes mismos de la predicación del Evangelio y de la existencia de la comunidad cristiana en Lugo.

Celebraremos, por tanto, este «Año Santo», que el Señor Jesús y la Iglesia universal han querido llenar de riquezas espirituales: de reconciliación y de gracia, de comunión renovada con Dios y con los hermanos, de esperanza y de fe, de experiencias de

acogida, de hospitalidad y fraternidad, de testimonios mutuos, de invitación a la caridad.

Tendremos abundantes ocasiones de acercarnos a Santiago de Compostela, a la Catedral que guarda el testimonio de la presencia del Apóstol entre nosotros, en peregrinaciones que podrán ser organizadas desde la Diócesis libremente, por parroquias, arciprestazgos o zonas pastorales; pero también en momentos de encuentro más sectoriales, algunos previsiblemente interdiocesanos y propios de nuestra Provincia eclesial, que podrán reunir, por ejemplo, a catequistas, voluntarios de Caritas, miembros de pastoral de la salud, de la vida consagrada, etc.

Sobresaldrá, sin duda, el encuentro de pastoral juvenil, la PEJ, que tendrá lugar en Santiago el próximo verano y en el que participaremos también nosotros. El Departamento de pastoral juvenil tendrá la tarea de coordinar esta acción en nuestra Diócesis.

Poco tiempo después, igualmente en este verano de 2027, tendrá lugar la celebración de la **Jornada Mundial de la Juventud en Seúl** (3-8 de agosto). Resulta patente la dificultad de participar en esta JMJ por la lejanía y los costes implicados.

Sin embargo, desde nuestro Departamento de Pastoral Juvenil se procurará hacer presente el hecho de este acontecimiento singular, para que pueda tener una repercusión positiva, también si nuestra participación ha de hacerse fundamentalmente desde la distancia, permaneciendo en la Diócesis. E igualmente, en colaboración con el Departamento correspondiente de la Conferencia Episcopal y junto con las Diócesis vecinas de la Provincia, se propondrán las posibilidades reales que existan para quien quiera participar personalmente en la JMJ en Seúl.

A todas estas iniciativas de pastoral juvenil pertenece sin duda la coordinación con la pastoral «educativa», que desde los diversos colegios de titularidad eclesial –y desde el mundo universitario– responderán también de alguna manera a este anuncio de la JMJ 2027. Este acontecimiento puede convertirse así también en una buena oportunidad de colaboración entre todos.

8. Trabajar juntos

El Papa nos invita con fuerza a no ser «espectadores a las fracturas sociales y culturales, ni simples comentaristas de las ruinas, sino mujeres y hombres que entran en las obras de la historia ... para levantar lo que se ha derrumbado y proteger lo que está expuesto» (241).

Esto significa en primer lugar reconocer y agradecer nuestra pertenencia al Pueblo de Dios en esta tierra, hacer visible su presencia como signo de esperanza y de vida para todos. Esta percepción primera «está ante nosotros como una exhortación, un llamado a superar nuestras divisiones y a trabajar juntos: este es el camino de Jesucristo, ayer, hoy y siempre» (242).

Hemos indicado algunas líneas de acción pastoral para este curso. El Papa resume esta llamada a asumir nuestra responsabilidad, el papel activo que nos corresponde, en breves afirmaciones: «debemos ser fieles a la verdad, invertir en la educación, cuidar las relaciones, y amar la justicia y la paz» (236).

Son indicaciones que están profundamente entrelazadas entre sí y que encuentran expresión en varios modos en las diferentes actividades pastorales, a condición de que nosotros guardemos conciencia clara de ello, de modo que las acciones no se reduzcan a puro proyecto personal o incluso a rutina.

En todo caso, las palabras de León XIV nos recuerdan **la prioridad permanente de la educación**, animándonos a invertir en ella, recursos materiales, sin duda, pero sobre todo personales, sin los cuales no es posible una educación verdadera, como indica el lema de su nuevo santo patrón, J. H. Newman: *cor ad cor loquitur*.

Hemos iniciado este camino como Diócesis y procuraremos cuidarlo y continuarlo en este próximo curso. Ello significa sin duda promover también la sinergia entre «parroquia, familia y escuela», en el cuidado, por ejemplo, de actividades educativas tan específicas como la catequesis y la pastoral juvenil, poniendo en valor explícitamente ante nuestras comunidades al profesor y la asignatura de la ERE, recordando a las familias la impor-

tancia de una educación cristiana, fomentando la relación entre las parroquias, los colegios y las familias en su territorio.

Del mismo modo resuena el mensaje de esta encíclica en toda **la labor de Caritas**, parroquial, interparroquial y diocesana, que debemos apoyar y promover como un verdadero tesoro de la Iglesia. Se fundamenta en la caridad, que debe ser el alma de todas las relaciones en nuestras comunidades parroquiales y también de cada acción pastoral.

Reconozcamos con el Papa la importancia de cuidar las relaciones, de promover caminos de justicia y de paz, en primer lugar entre nosotros, en nuestras familias y comunidades. El modo en que hacemos las cosas, en que nos tratamos unos a otros, da testimonio elocuente de lo que creemos.

Pero pidamos también con insistencia durante este curso por **la paz entre los pueblos**, por el cese de las guerras, por las gentes que sufren las consecuencias de la violencia y de la injusticia.

«En efecto, la paz, ante todo, proviene de Dios... es un don entregado por Jesús a sus discípulos el día de Pascua». Pidamos con confianza al Señor, con las palabras del Papa, «una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante ... No nos cansemos de orar por la paz y de comprometernos a hacerla realidad en nuestras relaciones y en la sociedad» (228).

9. La oración

Parte constitutiva de la vida cristiana es la oración, que el Papa nos presenta con el ejemplo de María en su Magnificat (243). Es un gesto eminentemente libre y personal, en el que actúa la gracia del Señor, el Espíritu, que acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene (Rom 8, 26); y que tiene su forma eclesial más plena en la plegaria litúrgica que hace unido el Pueblo de Dios.

La oración es la expresión de nuestra fe, de una mirada sobre la vida y el mundo que incluye la presencia de Dios y su designio

amoroso sobre la historia. Con ella confirmamos que no podemos ni queremos vivir como si Dios no existiera, que estamos en el medio del mundo con esperanza cierta.

La oración abre las puertas a la acción de Dios, nos comunica su Espíritu, permite que no nos quedemos en la óptica de los poderosos o del egoísmo, que no nos engañen los relatos artificiosos de los hombres, que nos entendamos desde la perspectiva de los pequeños, del que sufre, del humilde y necesitado.

La oración cambia los horizontes de la vida, nos recuerda las razones de nuestra entrega y de nuestra actividad pastoral, implora el auxilio divino que necesitamos, que da a nuestra presencia y acción la fecundidad de gracia que la hace verdaderamente útil a nuestros hermanos, que hace patente que servimos a la transmisión de un don «extraordinario» como «vasijas de barro».

Encomendemos este curso, en particular, al amparo de las Santísima Virgen de los Ojos Grandes, para que nos enseñe «a ver la obra invisible de Dios» (244), que guía la historia y cuida siempre de su Pueblo, y la dignidad de los hermanos; así como los pasos concretos que hemos de dar cada uno en cumplimiento de la propia misión.

Que Santa María de Lugo, Madre de Dios y Madre nuestra, «custodie en cada uno de nosotros la confianza en el Evangelio» también en este año pastoral, nos ayude a compartir lo que somos y tenemos, sostenga nuestra entrega, «para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma»; para que sea verdad, para nosotros y para todos, que nos ha sido dado «testimoniar la belleza de una magnífica humanidad habitada por Dios» (245).

+ Alfonso
Obispo de Lugo

